



22347

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO

Al presente número acompañan: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

UNA AVENTURA DE MIGUEL ÁNGEL

EN VENECIA.

Cierta día del año de 1520, un pescador que había tomado tierra delante del palacio de San Marcos, atravesó esta célebre plaza, y fué á pararse á la puerta de una hospedería, en cuya fachada se distinguía el león emblemático de Venecia, groseramente iluminado. Este hombre era

un desconocido que parecía embebido en profundas meditaciones. Este tenía también una de aquellas fisonomías varoniles y poderosas, una de aquellas miradas dominantes que tan raras veces dejan de corresponder á la energía moral de que son indicios. Su ardiente rostro reflejaba la llama de un volcan de pasiones interiores, y aun podía descubrirse en ellas señales de la gran misión á que Dios le había destinado. Iba muy sencillamente vestido; un jubon y unos calzones de terciopelo negro eran lo único que cubrían sus musculosos miembros. Un gorro de seda encasquetado hasta las sienes y atado bajo la barba con dos cintas de lo mismo, según la moda de entonces, cogía en parte una espesa cabellera cuyos bucles grises caían descuidadamente sobre su cuello.

—Gianettini, dijo el gondolero dirigiéndose á un hombre ancho de espaldas y colorado de rostro que se paseaba en la taberna, ¿insistes aun en tu negativa?

—Sí, respondió el veneciano.

defender la república contra los soldados de Barbarroja? ¿No sabes tú que criado con Maria nos habíamos jurado desde niños no ser jamás el uno sino del otro, y que renovamos aquel juramento cuando la edad dió á nuestro cariño mas fuerza y solidez? ¿Quiéres tú su desgracia y la mia?... ¿Eres dux para ser ambicioso? ¿Eres patricio para ser ingrato?

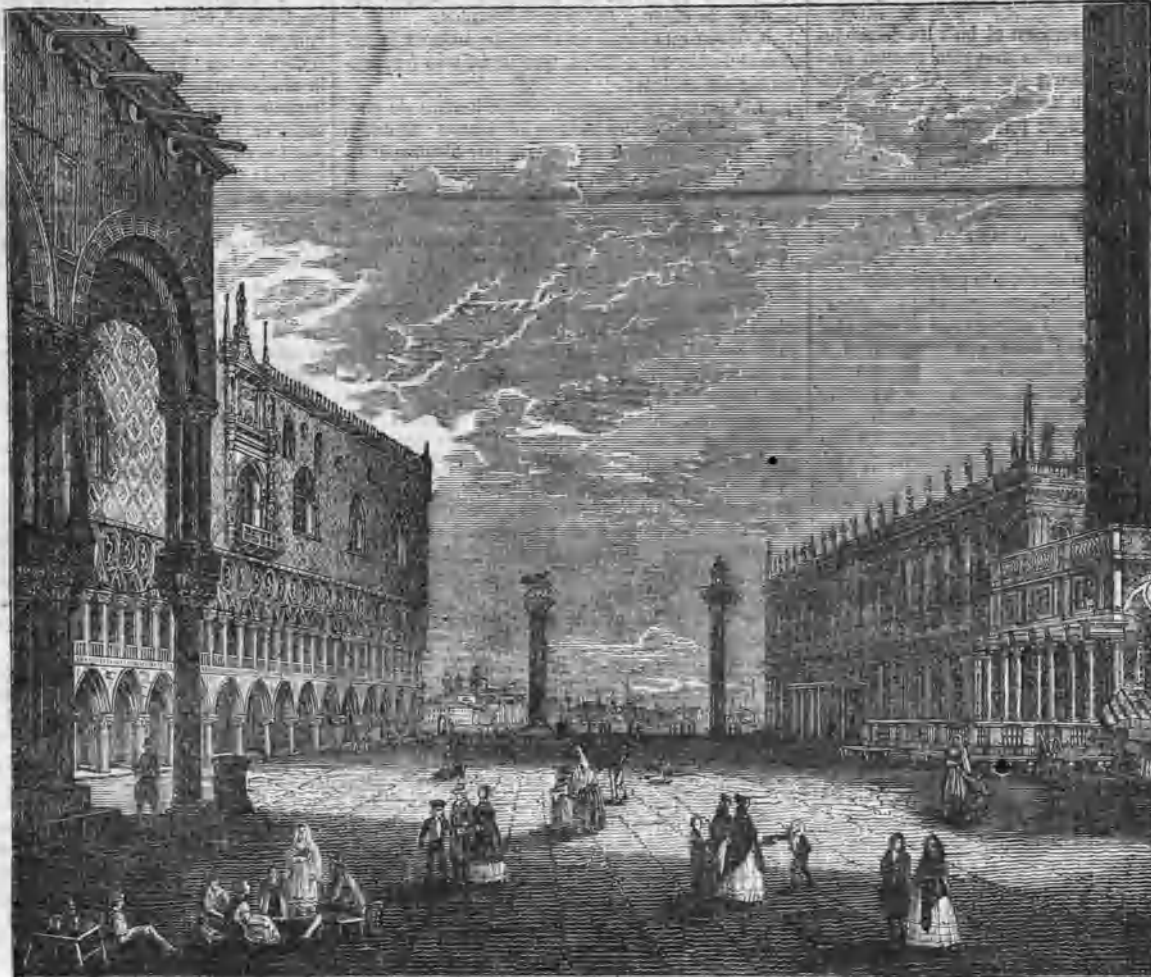
—No, pero soy rico, Barbarigo.

—Yo lo seré también, Giunellini, replicó el gondolero. Tengo brazos vigorosos, corazón emprendedor, osadía, juventud y confianza en Dios. La fortuna puede venir á sentarse en mi góndola de un momento á otro.

—Delirios de un loco, dijo el tabernero.

—¿Quién sabe? replicó el pescador, como si hubiera penetrado los misteriosos favores que lo reservaba el porvenir: Lorenzo de Médicis era mercader: Francisco Sforza era baquero. ¿Por qué, pues, no he de ser general yo algun día?

—Porque para tres hombres favorecidos del cielo, hay millones desdenados, Barbarigo. Lo



Plaza de San Marcos en Venecia.

alto y vigoroso; realizaba su tez morena el ardiente barniz de fuerza ó inteligencia propio de los habitantes de los países meridionales, pero sus ojos habían perdido su acostumbrada viveza, y parecía que en la frente robusta del gondolero se pintaban crueles pensamientos. Al entrar en la taberna, vió en el rincón mas oscuro de la sala

—Soy muy pobre para yerno tuyo, ¿no es verdad? Antes de pensar en la felicidad de tu hija, piensas en la fortuna: pero para decidirte, Gianettini, ¿tendré yo que invocar el beneficio del agradecimiento que me debes? ¿Has olvidado ya que te salvé la vida en Lepanto cuando Venecia tenía armadas hasta sus mugeres para

cierto es, que yo jamás seré padre de un hombre que no tiene mas bienes que su góndola. Le trae mas cuenta á Maria...

—Ser la querida de un patricio, que la muger de un gondolero... ¿Le trae mas cuenta dormirse en la opulencia de la prostitucion, que vivir oscura y respetada!

—Ciertamente: desde que las grandes señoras han desterrado la virtud de sus palacios, sería ridículo que viniera á habitar las salas del estado llano... Maria ha seducido al sobrino del proveedor, y en vez de comenzar ese jóven patricio por deshonorarme, ha venido á buscarme y ofrecermé....

—Casarse con ella.

—No tanto! por mas popular que aspire á hacerse la nobleza veneciana, no vende todavía tan baratos sus blasones.

—¿Comprarla, pues? replicó Barbarigo.

—Cabalmente.

—Infame. ¿Y en cuánto has vendido el honor de tu hija, Gianettini?

—El trato no está cerrado, yo pido dos mil ducados, y el patricio me da mil quinientos. Pero, como yo conozco el mérito de mi mercancía, no bajaré ni un cequí.

El extranjero, que habia seguido con curiosidad la conversacion de ambos venecianos, se levantó, y dando en el hombro á Barbarigo: gondolero le dijo, ¿Maria será tu muger?

—Jamás.

—Señor judío, replicó el desconocido; ¿y si este hombre os trajese dos mil doblones por regalo de boda?

—(Oh! entonces Barbarigo sería mi yerno, lo mismo que soy Gianettini; pero sabed, señor, que este pobre muchacho no posee más que las cuatro tablas de su gondola, y que á no llegar á poseer el anillo ducal...

—No llegará tal caso, interrumpió el extranjero, y á pesar de eso, usted tendrá esa suma antes de anoecer.

—Y ¿dónde he de tomarla, señor? dijo entre dientes el gondolero, que viendo brillar ante sus ojos la esperanza de la felicidad, temía que llegara á desvanecerse.

—Ciertamente no será en el bolsillo de mi jubón, porque no soy mucho mas rico que un lazaroni. Hay tanta pobreza que socorrer desde Florencia á Venecia, que no encontraré en él ni un óbolo. Pero tranquilízate; mi pobreza es hermana de la opulencia, y mi talento llena de oro una gaveta, tan pronto como la agota mi beneficencia!

Hablando así, abrió una cartera, sacó un pergamino que estendió sobre la mesa, y en pocos minutos dibujó una mano con una habilidad tan prodigiosa que el gondolero, aunque profano en el arte, no pudo menos de dar un grito de sorpresa.

—Toma, dijo el artista entregando al pescador el improvisado dibujo: lleva ese pergamino á Pedro Bembo, que está ahora en el palacio de San Marcos; te dirá que un artista que no tiene dinero desea venderlo en dos mil doblones.

—¡Dos mil doblones! exclamó el tabernero lleno de admiración. Este hombre está loco; ¿yo no daría ni un cequí!...

Al cabo de una hora volvió el gondolero con el precio pedido, y una letra que acompañaba al secretario de Leon X, en que suplicaba ardientemente al artista desconocido le honrase con su visita. A la mañana siguiente, Maria y Barbarigo se casaron en la Iglesia de San Esteban. El extranjero quiso contemplar las primicias de su felicidad, asistiendo á la ceremonia nupcial. Cuando el gondolero embriagado de alegría y agradecimiento, le suplicó de rodillas le dijera su nombre, le respondió que se llamaba Miguel Angel.

Veinte años después de esta aventura, por una de aquellas casualidades enigmáticas cuyo secreto solo Dios sabe, Barbarigo era general de la república veneciana, mas á pesar de lo fascinadora que fué para el antiguo pescador aquella inesperada grandeza, no olvidó á su ilustre bienhechor, y cuando Monarali murió en Roma después de la vejez tan heroica, y la carrera mas brillante que recorrió jamás artista alguno, la mano del gondolero fué la que trazó debajo del epitafio latino que el sucesor de Paulo III habia hecho componer para su favorito los dos agradecidos reñones que ha respetado el tiempo, y que se ven aun sobre el mausoleo del grande hombre.

En cuanto á la obra maestra improvisada, la trajo de Italia á Francia en su cartuchera uno de los soldados de Bonaparte. Ya la he visto en la galeria de pinturas del Louvre donde está religiosamente conservada.

J. M. G.

HISTORIA DE LA MASCARA Y DE LA CARETA.

La máscara no ha servido solamente de pasaporte á las licencias del carnaval: ciertas fiestas de las religiones paganas, la galantería, la coquetería, la conspiracion, el teatro, el juego, la han empleado á su vez.

Algunos ídolos egipcios, ofrecian la representación exacta del rostro del hombre en todas sus actitudes y todos los aspectos. El uso de la máscara se remonta á los disfraces de las fiestas de Baco y al origen de la tragedia. Los actores griegos y romanos llevaban máscara. A la entrada de un personaje, los espectadores le nombraban y le reconocian. El color del vestido, la disposición de los cabellos, las facciones convenientes de la máscara, señalaban un padre malo ó bueno, un jóven arreglado ó pródigo, una matrona, una jóven doncella, un esclavo astuto, fiel, un rústico, un militar, un parásito, etc.

Las máscaras, tipos destinados á las representaciones teatrales, se dividian en máscaras trágicas, cómicas y satíricas: se subdividian en cuatro grandes categorías; las máscaras de viejos, en número de ocho para marcar entre sí las diversidades del rango y de humor: las máscaras de jóvenes que abrazaban once tipos diferentes: las máscaras de esclavos clasificadas en siete variedades, y por último las máscaras de mugeres, en número de tres para las ancianas, y de quince para las jóvenes, tanto libres como cortesanas ó esclavas.

Dioses, héroes, personajes mitológicos se hallaban representados por máscaras con atributos particulares. Así las euménides llevaban sus serpientes en forma de cabellera, Acteon sus cuernos de ciervo, Argos sus cienojos.

Ciceron cita como un rasgo de audacia la accion del celebre Roscius, que se atrevió á representar sin máscara.

Las primeras máscaras fueron hechas de corteza de árboles. Despues se fabricaron de cuero forradas de lienzo ó de seda, y por último se hicieron de madera, de cobre ó de algun otro metal sonoro. La boca en todas ellas guarnecida de metal á fin de hacer sonar á la palabra; la voz se reconcentraba en esta abertura aumentando la claridad y el volúmen de la voz con un poder portentoso.

Las máscaras además de figurar el rostro imitaban también la barba, el cabello, las orejas y hasta los adornos que las mugeres empleaban en su tocado, cubriendo ordinariamente toda la cabeza: muy bien construidas, ligeras, y sobre todo remarcables, por la belleza de su colorido. Las magníficas máscaras de cera y algunos personajes del carnaval de Roma podrian dar una idea.

Los romanos celebraban también ciertas fiestas cubriéndose el rostro con hojas y manchándose con heces de vino y sangre. Los soldados disfrazados con hojas de higuera, seguian los carros de triunfo y denostaban y hacian burla de los generales vencedores.

Parece que las máscaras fueron desconocidas de los judíos: sin embargo, es cierto que se disfrazaban en la *fiesta de los Eburinos, Eburinos*, destinada á recordarles su libertad de las manos de Aman que los habia amenazado con un total exterminio.

Comenzaron á introducirse las máscaras en Francia en algunas fiestas en el siglo XIV. Las crónicas de aquellos tiempos cuentan que Felipe el Hermoso gustaba mucho de los disfraces y de la alegre procesion de Renaud.

A propósito de los juegos, festines y fiestas que se dieron en Paris para celebrar la llegada de Isabel de Baviera, un historiador nos demuestra que príncipes, princesas, señoras y damas se entregaban, á favor de la máscara que cubria su rostro, á grandes diversiones.

Sin embargo, hasta despues del reinado de Carlos VI, la máscara no adquirió la boga y el carácter que hoy tiene: las damas tenian la costumbre de pintarse el rostro con blanquete y darse colorete, llevando también peluca.

Las damas de la corte de Francisco I, adoptaban las primeras máscaras de loup para guardar su cutis de las injurias del aire. Esta máscara era de terciopelo negro, forrada de tafetan blanco.

El 26 de noviembre del año 1535, el parlamento ordenó á sus ujieres, de recoger todas las máscaras que se encontrasen en Paris. A la mañana siguiente, otra orden prohibia la fabricacion y la venta de las máscaras.

Esta prohibicion quedó sin efecto.

El reinado de Enrique III decidió completamente la boga de las máscaras. Los cortesanos, siguiendo el ejemplo de las damas, se pusieron por primera vez antifáz. Desde entonces el antifáz estuvo en boga en los tiempos del feudalismo; los señores para ocultar sus crímenes á las pesquisas de la justicia usaron la máscara.

En Venecia, en la bella Venecia, la ciudad de los amores, fué en donde tuvo mas prosélitos el antifáz: desde el bravo hasta el patricio todos salian á la plaza ó en las gondolas, cubiertos el rostro con el antifáz. El mas noble patricio no desdenaba cubrirlo el rostro con el antifáz el ir desde las seis de la tarde á las cinco de la mañana á la *piazeta* á esponer su dinero entre la columna de San Marcos y San Teodoro, entre el león y el cocodrilo, sobre una mugrienta mesa alumbrada por una miserable lámpara y rodeada de bravos y tahures, etc.

¿Cuántos misterios, cuántos crímenes han quedado sepultados en el silencio y la oscuridad mas completa á causa del antifáz!

La muger galante del tiempo de Luis XIII en su aposento, en la calle y para librarse de un importuno ó burlar á su desgraciado amante, cubria el rostro con su antifáz, y mezclada entre la confusion, hacia inútiles todas las pesquisas que pudiera hacer el desgraciado amante.

La máscara ha servido también y aun sirve hoy en algunas partes, para cubrir el rostro del hombre de la ley, del ejecutor de la justicia.

A la muerte del desgraciado rey de Inglaterra, Carlos I, una persona, cuyo nombre se ignora, compra al verdugo á alto precio, el horrible derecho de servir de verdugo al rey: cubierto con la máscara, sigue la comitiva que conduce al soberano al cadalso. Sabe con él, le decapita y saca su venganza, presentando al pueblo, asida por los cabellos, la cabeza de su soberano. Un grito de sorpresa lanzado por el pueblo que no ve es el ejecutor aquellos formas hercúlicas que caracterizaban á *Yon*, el ejecutor, nombrado por el parlamento: no es Yon, no es Yon, se repiten admirados unos á otros, ¿quién será? nadie lo sabe. La máscara que le cubre, hace que nadie le conozca y que el nombre de un hombre tan vil quede desconocido, porque su faz cubierta con la máscara hace que nadie le conozca. Por mas promesas que el rey, su hijo, al recuperar el trono hizo, no se pudo saber quien habia sido.

Enrique III se acostaba siempre con una careta untada interiormente con pomadas y colorete para mantener fresco y brillante el cutis.

En el reinado de Enrique IV todas las damas se cubrian habitualmente el rostro con un antifáz: lo llevaban en la mano en su cuarto, y se cubrian con él el rostro cuando cubria algun importuno. El privilegio de llevar la máscara pertenecia solamente á los grandes señores y á las jóvenes nobles. Era una moda aristocrática vedada á las gentes del pueblo.

El zombrio y tético Luis XIII no favoreció ni las fiestas carnavalescas, ni las máscaras, que poco á poco cayeron en desuso. Las coquetas del tiempo de Luis XIV, imaginaron reemplazar el antifáz por las moscas y el colorete. La invencion Jes salió á las mil maravillas.

En tiempo de la regencia hizo furor. Las mugeres reataban la blancura de su rostro aplicando en él unos pellicitos de tafetan negro cortados en forma de estrella y de media luna. Una dama de calidad, nunca llevaba menos de cinco ó seis moscas, ni salian sin tener consigo una caja de ellas. Otras además de las moscas se pintaban la cara, y algunas se pintaban tanto bermellon que parecian bacantes.

La revolucion de 89 proscibió las máscaras y las fiestas de carnaval; empero no es fácil detener en su carrera la locura humana. En 1799 los franceses volvieron con furor á tomar sus máscaras, y la Francia acaparó en provecho de su industria la fabricacion de las carctas, originaria de Italia. La primera fabricacion data desde 1799. Se distinguen dos especies de caretas: de carton y de cera: el lienzo sirve de base á estas últimas. Hace algunos años que también se hacen de alam-

bre. Un fabricante de París ha inventado las caretas de Ithon, de una ligereza y distandad sorprendentes.

Otra careta hay célebre en la historia, con la que queremos cerrar la monografía de la careta. Esta es la máscara de hierro que llevó un hombre toda su vida, y murió con ella en la Bastilla de París, sin que a pesar de tanto como han escrito sobre él los más célebres autores, se sepa hoy quien fué aquel desventurado, que suponía algunos ser un hermano de Luis XIV.

La careta ejerce su dominio principalmente en el carnaval. Ningun pueblo primitivo ó civilizado se halla exento de esta locura que se traduce por disfraces, máscaras y excesos. El carnaval es el rey del mundo á su manera. Se le encuentra en las naciones salvajes, como en Venecia, en Londres, en París, en Roma y en Madrid con las modificaciones que difieren en las diversas razas. El carnaval en Francia, es ligero, licencioso; escéntrico y casi triste en Inglaterra; pesado y sensual en Alemania; alegre y animado en Roma, y ardiente, ruidoso, aunque monótono en Madrid.

No se sabe á punto fijo de donde proviene el carnaval, sino que viene en línea recta de la locura humana, la que parece contemporánea de la creación de Adán y de Eva. Los orígenes de la locura humana nos parecen imposibles de encontrar, nos contentaremos con citar sus hijos legítimos, que son: los querubines de los egipcios, las bacantes griegas, las saturnales romanas, la fiesta de los Locos y de los Inocentes de la edad media, el carnaval de Venecia y el carnaval de hoy en la mayor parte de las naciones de Europa.

J. M. G.

MISCELANEA.

AL FONDO DEL OCCEANO.

(Conclusion).

Estos gigantescos edificios han fijado, desde los tiempos mas remotos, la atención de los curiosos por la belleza de sus formas y por el brillo de sus colores, dando margen á mas de un error. Durante siglos enteros se ha creído que los troncos del coral eran en realidad plantas acuáticas que en el momento que se las saca de su elemento se petrifican al contacto del aire: en el siglo pasado todavía se sustentaba esta hipótesis, y aquellos naturalistas que llegaron á descubrir la verdad, no han podido hacerla admitir, sino después de muchos esfuerzos.

Recientemente Carlos Darwin en su encantadora narración, nos ha familiarizado con esta extraña creación.

Mientras el hombre emplea todas las fuerzas que le presta su inteligencia en luchar, y luchar en vano, contra el invencible poder del Océano, el pólipo efímero continúa pausadamente con su modesta industria, la misma lucha contra la violencia de las olas. Es un hecho digno de ser notado que estos zoófitos no construyen jamás su morada, ni en medio de las aguas turbias, ni en las adormecidas, sino en aquellos sitios en que el mar se estrellá violentamente contra los escollos: allí es donde colocan los cimientos de su edificio que, de año en año, de siglo en siglo, se aumenta hasta que encierra en su recinto vastos lagos, cuya eterna calma no pueden turbar ni el huracán ni las olas. Estas mágicas estructuras se detienen, sin embargo, al llegar á la superficie del agua, porque los pólipos son los hijos del mar, y no pueden resistir ni la acción del aire ni la del sol.

Los arrecifes del coral aparecen, como islas encantadas, bajo el apacible cielo de los trópicos, y este cingulo, digámoslo así, de ramas encarnadas que se cierran al rededor de un lago apacible por el calor de la luz, forma un aspecto sorprendente, mientras que cerca de ellas las olas furiosas, las impetuosas, olas se arrojan sobre los escollos.

Muchas veces largos bancos de coral cubren altas montañas, al pie de las cuales se desarrolla la espléndida vegetación de los trópicos, y

en el recinto de estos arrecifes una agua mansa y apacible, brilla á los rayos del sol, al paso que por fuera las espumosas olas se lanzan contra esas fantásticas murallas que no pueden destruir. Así, pues, los débiles pólipos protegen contra la destrucción de las olas á la tierra habitada por el hombre orgulloso, porque los pólipos no tienen mal éxito en su lucha con el Océano. Todas las naciones del globo remidas no conseguirían construir una de estas fortalezas de coral, y sin embargo millares de ellas se encuentran en el Océano pacífico, construidas todas en la misma forma circular, encerrando un lago en sus muros y descendiendo desde la superficie de las olas hasta el fondo del mar. Las corrientes arrastran allí lejanas playas de semillas y de árboles en vegetación, donde algunos valátiles han formado sus nidos, donde pululan los insectos, donde los lagartos tienen su albergue, donde los pájaros de mar dan la vida á esta nueva ciuita de tierra; y así es como se reúnen en el fondo del mar el animal y la planta.

La descolorida ova enlaza con sus largas hebras el purpúreo coral, y á través de sus delgadas ramas, el nautilo, el argonauta de los antiguos, tiene sus delicadas velas. Cada rayo de luz que cae sobre el cristal de los mares, penetra en su interior; pero las cavidades del Océano tienen también sus colores luminosos. Allí se encuentra el pescado de escamas de oro y plata, las creaciones fosforescentes, las campanillas blancas y azules de medusa flotando á través de otras flores de un hermoso carmesí, y todas las pequeñas cristaras gelatinosas vagando entre las verdes algas. Cuando se estingue el día, cuando el negro manto de la noche empieza á estenderse sobre los mares, una nueva y misteriosa claridad brilla en este jardín fantástico: acá y allá se encienden y desaparecen momentáneamente llamas misteriosas, estrellas centelleantes de un lado á otro y con su viva claridad iluminan las vagas sombras. En un surco de chispas luminosas, se reconoce el fuego de los delfines sobre las inmensas olas: en otro, los saltos caprichosos de las marsoplas, mientras que el pez llamado tona aparece como un espectro y proyecta, en medio de las brillantes estrellas de mar, un rojo descolorido; y toda esta escena no se efectúa en un profundo silencio. Escuchad y oiréis resonar en su perpétuo movimiento los suspiros del viejo Océano, que se oíen á los murmullos de la tierra y de los aires, y se confunden en una misma voz que se eleva como un concierto de eternas alabanzas hasta el trono del Todopoderoso, hácia el que domina las tierras y los mares.

El Huátre botánico Scheilden cuenta que, no lejos de la isla de Sit-Ky, el fondo de las aguas está cubierto de antiguas florestas cuyos troncos se unen, y cuyas ramas se entrelazan. Al pie de estas florestas se estiende un tapiz matizado de pequeñas plantas acuáticas, de encarnadas conchas, de musgos oscuros que despliegan millares de filamentos, y sobre este muelle hecho, la lechuga marina estiendo sus largas y elegantes hojas que sirven de pasto á los caracoles y á las tortugas. Acá y allá, entre las ovas que festonean las rocas, aparecen los irides de purpúreo follaje, los troncos largos de los laminarios que estenden sus ramas como cintas, y los alarias cuyo desnudo tronco lleva en su cima una hoja de cincuenta pies de longitud. En la misma floresta existen árboles mas elevados todavía, entre otros el *nereocyste*, que crece hasta setenta pies de altura, y de cuya raíz, que se asemeja á la del coral, se destaca un pequeño tronco que engruesa gradualmente y que termina en una cabeza monstruosa sobre la cual se cierne, como un penacho, un manojo de hojas delicadas, pero inmensas. Estas son las palmeras del Océano, que crecen en algunos meses, estiendo á lo lejos sus espléndidas copas y después mueren, pero bien pronto renacen con nueva magnificencia. Bajo estas cunas de verdura, iqué reunión de pescados, de moluscos de todas clases! Estas cortadas como estrellas, otras agudas como puntas aceradas, aquellas flotando como ciuitas: unos pescados están armados de una especie de sierra aguda, otras de una prominente hilera de dientes, al paso que otros no tienen, ni aun para defenderse, mas que una vejiga de donde despiden un fluido semejante á un negro vapor. Estos no tienen mas que unos ojos sin color, una

mirada estúpida; aquellos tienen vivas y penetrantes pupilas de una animada expresión.

Á través de los espesos bosques del mar andan errantes los ladrones, las bestias monteses del imperio acuático; y no son ellas solamente las que perseguen á sus víctimas en el abismo, sino que también el hombre lanza á él sus barpones para coger su presa.

Los bravos navios al hogar magistrosamente sobre las olas, no desdennan el detener su marcha para levantar la ova de donde se extrae la sosa, ó bien para recoger un pedazo de coral. En las calles de Edimburgo, se pueden escuchar todas las mañanas los gritos de los vendedores de algas, esas yerbas que crecen en el fondo del mar, y el pescador irlandés desafia la muerte por coger en la rapidez de las olas el mero de Carraglen. El pobre aldeano de Normandía recoge las ovas muertas que el viento y las olas arrojan sobre la playa, y las transporta, no sin pena, á una distancia demasado larga algunas veces para abonar sus campos con el jugo de la descomposición de estas plantas. Otra especie de ova sirve de alimento en el invierno á los ganados en las áridas regiones de la Noruega y de las islas septentrionales. Los groelandeses y los irlandeses extraen de otra distinta especie de esta planta un alimento para su propio uso, y sus mugeres emplean para su tocado el color rojo que les suministran las ovas.

La imaginación del observador se detiene aquí por una reflexión profunda... ¿Por qué ha criado Dios estas espléndidas regiones? ¿Por qué oculta las mas grandes maravillas de la naturaleza bajo ese inmenso velo azul, detrás de ese espejo donde se refleja cada rayo de luz, y donde se pinta tambien, como por burla, el semblante del que trata de sondear su profundidad? Y por que no conocemos todavía en toda la variedad de sus formas, en toda la estension de sus detalles las infinitas producciones del Océano, ¿será menos notable y menos maravilloso el efecto que deben producirnos? Nosotros no podemos contar todas las estrellas que brillan en el firmamento porque no distinguimos sino un número muy reducido de ellas, y sin embargo, la vista de esa inmensa bóveda azul suspendida sobre nuestras cabezas, nos despierta en la imaginación la idea del Supremo Hacedor. El aspecto de los mares debe producir en nosotros una impresión semejante, porque, como dice la Biblia, el Señor está sobre las aguas: su voz resuena en los mares. Desde los tiempos mas remotos, el Océano ha sido para todas las naciones el emblema de la grandeza, del poder y de lo infinito. En las ficciones de la India y del Oriente, en las fabulas mitológicas de la Grecia que representan al Océano abrazando á la tierra, en las tradiciones hebreas que nos muestran el genio de Dios comiéndose sobre las aguas, en todas partes el mar se nos presenta como el asiento de lo infinito, como el manantial de la vida.

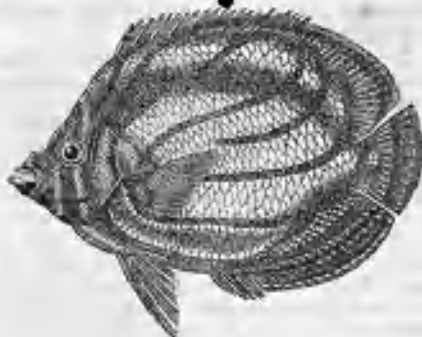
Naciones hay que jamás han visto el mar, esa inmensidad tan digna de ser observada, y sin embargo, ¿qué idea tan fantástica tienen de ese mundo desconocido! La poesía alemana está llena de imaginarias concepciones dedicadas al mar, pero los pueblos navegantes tienen tambien sus ficciones marítimas: la del viejo marinero es conocida en todos los países, y Tennyson ha cantado los amores de los *mermaids*. Lo cierto es que los que surcan los mares ven muy de cerca las grandes obras de Jehovah.

Por uniforme que sea en apariencia el aspecto del Océano, se operan en él, sin embargo, numerosas variaciones; y alternativamente tiene un carácter ya sombrío ó ya risueño. Cuando la brisa ha cesado de rizar las olas, y cuando estas han recobrado la calma, entonces el Océano se presenta en su plácida magestad; pero á una larga distancia de la tierra, nada es tan terrible como la duración de una de esas calmas que los marinos conocen con el nombre de calma *chicha*. El barco de vela se ve entonces detenido sobre las transparentes olas, como en un círculo magnético, y en vano el marino se agita y se esfuerza por hallar un medio de salvacion en el peligro mortal que le amenaza: una fuerza invencible le detiene allí y no puede salir de la línea fatal en que los vientos le han abandonado. Ya alrededor de él rondan los monstruos acuáticos que parece que preñan la prosa que les

está reservada, y los tiburones que la miran con sus vidriosos ojos y aguardan con impaciencia verla caer para devorarla. Espantosa es la imagen de un huracán, de un naufragio, de un incendio en el mar; pero es mucho más todavía esa tremenda calma del Océano en que no se entrevé ninguna esperanza de brisa, en que bajo el mismo cielo y sobre la misma onda inamovible, los pobres navegantes languidecen de día en día, hasta que mueren de hambre ó de consunción.

Pero en otros momentos, qué maravilloso espectáculo el del mar con sus brillantes olas, con los ágiles navíos que lo surcan! El murmullo del oleaje que resuena entonces en los oídos como la voz de un amigo; el aspecto de las cristalinas aguas recrea la mirada, al mismo tiempo que su inmensidad subyuga el entendimiento con la idea del infinito. A este sublime pensamiento, se une una expresión de misterioso temor, producido por la imposibilidad de comprender la grandeza de este elemento y la conexión de sus fenómenos con el destino del hombre.

Las aguas del Océano se sublevarán á impulsos de una fuerza invencible, y en sus profundidades pululan seres extraños, desconocidos, indisciplinados. Al lado de la tierra cultivada, llena de árboles y de flores, aparece el mar como un gran desierto de agua con un carácter siniestro, y se podría decir que sus gigantes olas, chocando sin cesar contra las playas de nuestro continente y de nuestras islas, deben desconcertar sus ruidos. Así es como el Océano despierta en nosotros ese terror misterioso, mientras que, por su imagen de lo infinito, nos aleja de los pensamientos ordinarios, y conduce nuestra imaginación á fabulosas concepciones. Todas las comarcas vecinas al mar tienen sus leyendas y sus consejos marítimos, y el poeta compara con los diversos movimientos de las olas, diferentes pasiones humanas. El pueblo, dado siempre á lo maravilloso, cree en las sirenas, dotadas de ese mágico poder, que atraen con sus dulces melodías al marinero y le conducen á sus grutas de



Düden.

cristal: en encantadores, en hadas acuáticas que habitan encantados palacios, en animales de espantosas formas que se muestran como espectros en estas tenebrosas regiones, y en serpien-

tes de fabulosas dimensiones. El crédulo marino, buscando, sorprendido una semejanza entre su destino y estos fenómenos de la naturaleza, considera ciertos pájaros acuáticos como los precursoros de una tempestad próxima, los peces voladores como las almas de los naufragos, y señala al volatinero holandés y al viejo marino como ejemplos de la cólera de Dios.

que era ponderada por todo extranjero: se hizo cargo de ella, y dijo: *Hermosa fachada! es de las mejores que he visto del órden corintio. — Se equivoca Vd., no pertenece á los padres corintios, caballero, pertenece á los padres bernardos.*

Un joven que tenía muy mala cabeza y era



Conchas y vegetaciones en el fondo del mar.

El esforzado corazón, el alma religiosa rechaza estas fábulas, estas ficciones hijas del miedo y de la ignorancia: para él, el mar es el palenque de la energía y del valor. La vida del marino es una constante lucha; pero para él tiene también el encanto de la libertad: en la inmensa extensión de las olas, donde no alcanza ningún límite, donde está solo bajo la mirada de Dios, es preciso que cuente solo con sus propias fuerzas, que se fortifique en su fe. Entonces experimenta un noble sentimiento que la tierra no puede inspirarle y que, á despecho de todas sus fatigas y de todos sus sufrimientos, le hará abandonar sin pena los goces del puerto para recobrar su alegría en el Océano, porque sabe que allí está bajo la protección de una mano suprema que le sostiene y le dirige.

EL PORTAL CORINTIO. Un señorito fué acompañando á un caballero extranjero para ver los edificios del pueblo, por ser muy aficionado á la arquitectura: vieron varios palacios preciosos y después entraron en el convento de San Bernardo; se enteró del interior de la iglesia y claustros, y salieron en seguida á ver la fachada,

sumamente aturrido, preguntó un día al mariscal de Luxemburgo, como había perdido la batalla X... — *Yo os lo diré*, respondió con frialdad el duque; *creí ganarla y la perdí*; luego se volvió hácia los que le rodeaban y dijo en tono seco; *¿quién es el necio que me ha hecho esa pregunta?*

Cansado un poeta moderno de emplear la metamorfosis de *cuello de alabastro*, escribió á una niña diciéndola: *Teneis una garganta tan blanca como las cáscaras de los huevos.*

P. ¿Sobre qué planta se paran más los botánicos cuando están herborizando?

R. Sobre las plantas de los pies.

P. ¿Qué diferencia hay entre un general y un molino?

R. En que el molino hace *tic-tac* y el general tiene su *tdé-ti-ca*.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8